

JUAN SANTOS: ¿EL INVENCIBLE?.

Arturo E. de la Torre López

Publicado en *Histórica* (Lima), vol. XVII, nº 1 (1993); pp. 239-266

La historiografía peruana ha venido considerando tradicionalmente la revuelta de Juan Santos como un fenómeno singularizado por el carácter invicto de la revuelta. La peculiaridad, resaltada en la bibliografía interesada en el tema ha mantenido esta idea. El presente trabajo ofrece una visión distinta de los acontecimientos bélicos, analizándolos a la luz de la doctrina militar.

1. INTRODUCCION.

El estado de crispación que precedió al levantamiento de Juan Santos, no era exclusivo de la selva central. El virreinato y toda Suramérica vivían un estado de enervamiento, reflejado en los numerosos movimientos que tuvieron lugar durante la primera mitad del s. XVIII:

1723. Ataque de los indios araucanos contra el fuerte de Purén.

1724-35. Revuelta de los Comuneros de Paraguay.

1730. Levantamiento de Alejo Calatayud en Cochabamba.

1731. Triunfo de Antonio López del Rosario en el Yaracuy.

1737. Levantamiento de Juan Vélez de Córdoba en Moquegua.

1737. Levantamiento de Ignacio Torote en la selva central peruana.

1741. Insurrección en San Felipe del Fuerte (Venezuela).

1744. Levantamiento en El Tocuyo.

1749. Levantamiento de Juan Francisco León de Panquite contra la Compañía Guipuzcoana.

1750. Levantamiento abortado en Lima y Huarochirí.

Algunas de las revueltas tienen como elemento en común la referencia a un retorno al gobierno incaico ¹. El s. XVIII fue una época de reencuentro con el pasado nacional, que comenzó a ser visto con admiración por las clases criollas. Fruto de esta actitud, aparecieron obras literarias que ensalzaban el pasado prehispánico. En México, Bernardo Balbuena publicó su Grandeza Mexicana, mientras que en Perú, las obras de El Inca Garcilaso adquirieron una enorme difusión. Esta actitud tiene su correspondiente político en la admiración por las estructuras estatales prehispánicas que, por otra parte, eran el único elemento de comparación posible con la administración castellana. La imagen del *Tahuantinsuyu* experimentó una creciente idealización. La etnografía tardaría un siglo en nacer y la etnohistoria era inimaginable. Resultaba natural que los movimientos disconformes utilizaran el pasado arquetípico como elemento de oposición, presentando a "*legítimos herederos destes reinos*".

La espureidad del pasado incaico que se estaba asumiendo se evidenciaba en los mismos planteamientos de los rebeldes, que imaginaban a la monarquía cuzqueña como una institución hereditaria, lo que obligaba, a la hora de presentar al nuevo monarca, a buscarlo entre descendientes directos, reales o fingidos de los inkas.

La actitud intelectual, pervivió hasta la época de la emancipación, generando en las jóvenes repúblicas uno de los más graves problemas culturales: la contradicción entre el elogio del pasado mítico, por parte de las clases dirigentes y el desprecio mostrado contra las "*castas*", legítimas herederas de ese pasado que era objeto de veneración ².

Aunque en el discurso de Juan Santos aparecen claras referencias al incario, la revuelta no se encuentra inscrita en esta línea. Los orígenes de estas referencias parecen ser más profundas que una simple búsqueda de prestigio.

La situación en la selva central resultaba conflictiva desde años antes de la gran revuelta, como lo demuestra el movimiento de 1737, rechazo a la aculturación que estaban llevando a cabo

1. Es el caso de la revuelta de Moquegua, donde el líder rebelde, Juan Vélez de Córdoba, proclamó en su manifiesto que "*un vástago de los incas estaba pronto a ponerse a su cabeza*" cit. VARGAS UGARTE, Rubén: Historia General del Perú t. IV, p. 207

2. Ver la cita en el libro de la escuela.

los misioneros franciscanos ³. Ignacio Torote, cacique de Catalipango, aprovechando la reunión de varios misioneros en Sonomoro ⁴, efectuó un ataque sorpresa:

*"...el día veinte de marzo de mil setecientos treinta y siete, en el que Ignacio Torote, Cacique y cabeza principal del pueblo llamado San Antonio de Catalipango, entro con toda la gente del dicho pueblo en el de Santa Cruz de Sonomoro (que era primero y principal de dichas Misiones) y quitó las vidas a tres misioneros sacerdotes de esta religión, a dos Donados de ella, como también a otros quince cristianos de dichas Misiones..."*⁵

Entre los frailes asesinados se encontraba Fr. Francisco de San José, fundador del convento de Ocopa y gran impulsador de la evangelización en la zona.

Enteradas las autoridades virreinales, ordenaron una acción de castigo, nombrando gobernadores militares de Tarma y Jauja, a Pedro Milla y Benito Troncoso, respectivamente. Los preparativos de la entrada resultaron sumamente lentos y cuando la expedición, comandada por Milla, partió en busca de Torote, ya habían transcurrido siete meses ⁶, tiempo en el rebelde se había puesto a buen recaudo.

Sin rastro del cacique, la expedición militar se limitó a reestablecer la situación previa al levantamiento, fundando un fuerte en Sonomoro, donde se depositaron armas para prevenir otra eventualidad semejante. Las pesquisas demostraron que la mayor parte de los habitantes de Catalipango y Sonomoro estaban implicados en la revuelta ⁷, lo que nos da idea del grado de descontento existente durante los años que antecedieron al gran levantamiento.

La causa principal de las tensiones creadas era, además de la presencia en la región de algunos soldados, la propia evangelización y la desestructuración cultural que ésta conllevaba, tal como expresaba el propio Torote cuando increpaba a los frailes:

*"Tú y los tuyos nos estais matando con vuestros sermones"*⁸

A estas circunstancias hay que añadir un elemento negativo del que los españoles fueron inconscientes portadores desde el histórico desembarco en Guanahaní: las enfermedades. La selva central había sufrido antes del alzamiento de Juan Santos varias epidemias de viruela y cólera (1673, 1691, 1722-23, 1725 y 1736-37) ⁹.

3. cf. VALCARCEL, Carlos Daniel: **Rebeliones indígenas** Lima, 1946; p. 42

4. CASTRO: **op. cit.**; p. 76

5. *Solicitud presentada al Consejo, por Fr. José de San Antonio, en 11 de Junio de 1750.* cit. LOAYZA, Francisco A.: **Juan Santos, el invencible. (Manuscritos del año 1742 al año 1755)**. Lima, Los Pequeños Grandes Libros de la Historia Americana (II), 1942; p. 140

6. CASTRO: **op. cit.**; p. 76

7. **Ibidem**

8. Comunicación personal Sara MATEOS.

9. **Ibidem**.

Todo ello generaba una situación de profunda crispación. A pesar de ello y de la habilidad militar de Torote, en modo alguno, inferior a la de Juan Santos, el levantamiento del cacique de Catalipango logró un alcance infinitamente menor. La causa podría encontrarse en las novedades político-religiosas que la revuelta de Juan Santos incorporó.

2. EL ESTALLIDO.

Las primeras noticias de la revuelta aparecen en la documentación española de primeros días de Junio de 1742. En Mayo, las doctrinas establecidas a lo largo de la cuenca del Perené habían sido conmovidas por la presencia en el Pajonal de *"un indio (Juan Santos Atahualpa) que decía ser Inca, que llamaba todas las gentes de la Montaña"*¹⁰

Los primeros españoles que tienen noticias del hecho son dos franciscanos, Fr. Manuel del Santo y Fr. Domingo García, doctrineros de la Sal y de Pichana. La capacidad de convocatoria del recién llegado hizo concebir a Fr. Domingo la idea de aprovechar la concentración con fines proselitistas, poniéndose en camino al encuentro en de Juan Santos.

Al llegar al pueblo de Pichana, encontró en él a Fr. Manuel del Santo, a quien sus indios le habían abandonado. El Padre le informó que el desconocido había expresado su deseo de entrevistarse a solas con él. Temeroso, Fr. Manuel, en quien debían pesar los recuerdos de la matanza de Sonomoro, rogó a su hermano de religión que le acompañase. Antes de partir ambos escribieron una carta a su superior, informando de las noticias traídas por dos negros, *el Congo* y *Francisco*, así como de sus intenciones:

*"Viene este Indio, que dice ser Inca del Cuzco (llamado Atahualpa traído por el río por un Curaca simirinchi, que se llama Bisabequi; y dice que deja en el Cuzco tres hermanos, uno mayor que él y otros dos menores; y que él tendrá poco más de treinta años; que su casa se llama Piedra. Su ánimo es, dice, cobrar la corona que le quitó Pizarro y los demás españoles, matando a su padre (que así le llama al Inca) y enviando su cabeza a España"*¹¹

Ya hemos visto que en otras rebeliones contra la Corona las pretensiones legitimistas eran un hecho casi habitual. En este caso, sin embargo, aparecen elementos extraños, como las referencias a los hermanos que tiene en el Cuzco, el nombre de su casa *-Piedra-* y el recuerdo de la decapitación de Atahualpa y el posterior envío de la cabeza a España.

La más preocupante noticia era, sin duda, el anuncio de su connivencia con Inglaterra:

10. *Carta de Fr. Manuel del Santo, Fr. José Cabanes y Fr. Domingo García al Padre Comisario Fr. José Gil Muñoz* (2 de Junio de 1742). A.G.I., Lima, 541; cit. LOAYZA: op. cit.; p. 1

11. *Ibidem*; p. 2

*"...que habló con los ingleses, con quienes dejó pactado que le ayudasen a cobrar su corona por mar, y que él vendría por tierra..."*¹²

La idea, por sí sola bastaba para alarmar a las autoridades españolas. Pocos años antes, Thomas Gage había enunciado la posibilidad de arrebatar a España su posesiones ultramarinas alentando la rebelión de sus súbditos coloniales:

*"...si cualquier nación, en el momento mismo de llegar sus fuerzas allá proclamara la libertad de mulatos, negros e indios, todos ellos, a cambio de esta libertad, se unirían a aquella contra los españoles, tal cual les oí decir a menudo estando allá"*¹³

Se desconoce, a ciencia cierta, si Juan Santos llegó a establecer contactos con la Corona inglesa, para que ésta apoyase su levantamiento. Contemporáneamente, el Vice-Almirante Jorge Anson fondeó en la isla de Juan Fernández con cinco buques, tratando establecer un bloqueo en la costa pacífica de Suramérica¹⁴. Al margen de este hecho, exhibido por algunos autores como prueba irrefutable de dicha alianza, no existe ninguna prueba concluyente sobre la misma. Tampoco parece ser una simple mentira. Juan Santos demostró ser un buen estratega como para proferir una amenaza, que para su levantamiento el máximo empeño de las autoridades españolas. Como, por otra parte, parece poco probable la existencia de un acuerdo entre el caudillo indio y la Corona de Inglaterra, cabe pensar que, aunque nunca existió la alianza, Juan Santos estuvo convencido de su autenticidad.

El propósito del rebelde era juntar a la gente de la Montaña y, una vez dueño de la situación en la región llamar al levantamiento general en la sierra.

Otra característica notable del movimiento era el marcado nativismo que obligó a los dos negros a emprender la huida:

*"Llama a todos los indios Amajes, Andes, Cunibos, Sepibos, y Simirinichis, y ya los más los tiene juntos y obedientes a su voz; y todos clamando que no quieren Padres, que no quieren ser cristianos, e incitándole a que les deje matar a los negros..."*¹⁵

El rechazo de la evangelización no era nuevo, aparecía también en la revuelta de Torote. Sin embargo, el nativismo surge ahora con más fuerza y se proyecta contra los dos únicos grupos alógenos de la región, los franciscanos y los negros. Pero lo más sorprendente del fenómeno es la unión en un proyecto común de todas etnias de la Montaña en un movimiento común, liderado por un serrano.

12. *Ibidem*

13. cit. CASTRO: *op. cit.*; p. 10

14. LOAYZA: *op. cit.*; p. 3

15. *Carta de Fr. Manuel...*; p. 3

Una posible lectura sería la toma de conciencia de la alteridad de los selváticos frente a los extranjeros, que empujó a las culturas de la región a unirse para enfrentar al enemigo común. El proceso se habría desarrollado más tardíamente que en la sierra debido a la ausencia del elemento catalizador: el hombre blanco ¹⁶. Sin embargo, también podía deberse a otras circunstancias como una actitud cultural común a todas las etnias regionales.

A pesar de que el líder del movimiento parecía hablar quechua, campa y castellano, es notable la preeminencia de los elementos serranos en su discurso, como el manejo de un lenguaje semejante al que utilizaron los predicadores del Taki Onqoy en el s. XVI ¹⁷:

"...que ya a los españoles se les acabó su tiempo, y a él le llegó el suyo." ¹⁸

Finalmente, el escrito incorpora algunas características llamativas de Juan Santos:

"masca mucha coca...Dice que es Yerba de Dios y no de brujos como dicen los viracochas..." ¹⁹
y de sus ideas:

"Que ahora han de venir Padres a la Montaña a enseñar a sus indios, pero que no los han de acompañar negros ni viracochas, y si los Padres no quisieren así, que el traerá al Obispo del Cuzco para que ordenen de estos indios para Padres, pues también entre los negros ha visto él Padres negros, con barbas blanca diciendo misa..." ²⁰

Aunque los dos franciscanos no lograron encontrar a Juan Santos, otro religioso, fr. Santiago Vázquez de Caicedo, conversor de San Tadeo (Antis), inquieto por los acontecimientos, decidió buscar al responsable y, para ello, emprendió viaje a Quisopango. Al llegar allí se encontró con el rebelde:

"Llegó a dicho pueblo a las cinco de la tarde y al entrar en él halló a los indios dispuestos en forma de media luna. El padre gritó: 'Ave María'; y ellos por costumbre respondieron: 'Sin pecado concebida'. Cerraron los indios el círculo, cogiendo al padre en medio y luego le quitaron de las manos el báculo con la cruz que tenía. Salió el fingido inca, y saludándose ambos, el padre le preguntó su nombre y algunas oraciones en castellano, y rezó el credo en latín. Hizo sentar al padre, y mandó que le trajesen de merendar. Díjole después que había mucho tiempo que deseaba manifestarse; pero que Dios no le había dado licencia hasta entonces. Que venía a componer su reino, y que su ánimo era salir a coronarse a Lima; que no quería pasar a España ni a reino que no fuese suyo. Que el virrey podía tener a bien dejarle tomar posesión de sus reinos, porque de lo contrario a él y a su hijo les tirarían el pescuezo como a unos pollitos." ²¹

Y, una vez más la amenaza inglesa:

"Que viese por donde había de escapar, porque su pariente el inglés vendría por mar, y el combatiría por tierra." ²²

16. DEJO BENDEZU, Juan: Su tesis. Buscar cita *

17. MILLONES: Historia y poder...; p. 169

18. *Carta de Fr. Manuel...*; p. 4

19. *Carta de Fr. Manuel...*; pp. 5 y 6

20. *Ibidem*; p. 5

21. *Ibidem*; p. 157

22. *Ibidem*

La información, enviada al padre fr. José Gil Muñoz, es también canalizada por éste a las autoridades virreinales a las que pone en alerta sobre "este demonio encarnado", como califica a Juan Santos²³. El fraile, asimismo, incorpora una información propia:

*"Ya desde los años de 734 y 735, se tenía en Tarma noticia de este indio levantado, que en esta se relaciones pero no se atrevió a arrimarse a Tarma..."*²⁴

El dato resulta interesante, si bien, dado que no se trata del primer movimiento de este tipo y todavía no existían elementos suficientes para que el franciscano pudiera individualizarlo de los otros, no podemos asegurar la fiabilidad de la noticia.

En cualquier caso el aviso del P. Gil a las autoridades no tarda en causar el efecto deseado. El Virrey, Marqués de Villa García, inició, con la celeridad que aconsejaba la experiencia de la revuelta de Torote, los preparativos al respecto, tal como informaba al superior franciscano:

*"en este día se ha pasado orden a los Corregidores de Jauja y Tarma, para que auxilién al Gobernador de es Frontera, y que con el mayor esfuerzo procuren reducir a quietud los Pueblos de los indios convertidos, e impedir los intentos del que denominándose Inca, intenta conmover esa Montaña..."*²⁵

De esta manera se iniciaba la primera de las ofensivas encaminadas a terminar con la revuelta.

3. LAS CAMPAÑAS VIRREINALES.

3.1. Primer intento (1742).

Al igual que había sucedido durante la revuelta de Torote, el peso de los trabajos castrenses recayeron sobre los gobernadores militares de Jauja y Tarma, Milla y Troncoso.

Las órdenes eran que "cuanto antes entrasen con la gente que pudieran juntar, a aprisionar al fingido inca"²⁶.

Juan Santos había iniciado la organización de su ejército, estableciendo como general de sus tropas a don Mateo de Assia, curaca de Metraro y Eneo, y segundo a Antonio Gatica, negro de la conversión.

23. Copia de la relación o casta escrita por el reverendo padre fr. Joseph Gill Muñoz, predicador apostólico...a Don Domingo de Unda, síndico apostólico de dichas misiones en la imperial ciudad del Cuzco, en la que da noticia de la entrada que hizo en ellas el escandaloso apóstata y fingido rey Juan Santos Atahualpa, Apuinga Guanacápac, indio cristiano de dicha ciudad. Año de 1742. cit. CASTRO: *op. cit.*; Documento nº 1, p. I

24. *Ibidem*

25. Carta del Marqués de Villa García a Fr. José Gil Muñoz (Lima, 19 de Julio de 1742). A.G.I.; Lima, 983

26. AMICH: *op. cit.*; p. 158

Este segundo nombramiento resulta extraño, dada la primera actitud que, según las informaciones traídas por los negros Francisco y *El Congo*, había adoptado el movimiento de Juan Santos contra los africanos. La solución propuesta tradicionalmente a esta paradoja es el posible parentesco que, según se rumoreaba, existía entre Gatica y el líder rebelde²⁷. Sin embargo, las informaciones acerca de otros negros que actuaban como espías de Santos²⁸, parecen apuntar en otra dirección. La explicación del rechazo hacia los negros era la condición de éstos de donados en las misiones y guardianes de las mismas, lo que los convertiría en elementos peligrosos para la revuelta. Más adelante, el líder rebelde entendió el beneficio que podía obtener de la condición ladina de los esclavos, lo que les proporcionaba un notable conocimiento del arte de la guerra, utilizable en provecho del levantamiento.

Las acciones bélicas de los españoles, en esta primera campaña de 1742, tuvieron dos fases. La primera, más conservadora, trató que la rebelión no se extendiera, creando dos pequeñas unidades de caballería, de treinta hombres, que

*"manteniéndose en la raya de la Montaña y parajes a propósito, sirviesen así de resguardo a los que han de acometer a lo interior, como de cortar la comunicación y refrenar los pueblos de las serranías y demas de las provincias referidas, impidiendo que salte a ellas alguna centella de inquietud"*²⁹

Al tiempo, se inició una ofensiva cuyo peso fue a recaer en los naturales. Se constituyó una compañía de 150 indios *"armados a su usanza"*, mandados por el cacique Don José Calderón Conchaya, para internarse en la Montaña, medio al que les sería más fácil que a los españoles, *"por la habituación a traficar aquellos fragosos sitios"*³⁰.

La segunda fase, más ofensiva, se inició con la reunión de los dos corregidores encargados de la represión, en Tarma. Milla y Troncoso acordaron realizar una maniobra envolvente de los rebeldes, para ello, Troncoso avanzaría hasta Sonomoro, mientras Milla lo haría hasta el poblado de Quimiri. Se sospechaba que el grueso de las fuerzas de Juan Santos continuaban en Quisopango. El plan suponía que los rebeldes quedaría acorralado en el Cerro de la Sal, donde serían aniquilados o expulsado hacia el Pajonal, si optaban por un repliegue hacia el norte³¹.

Tras diseñar el plan de ataque:

*"Don Benito Troncoso, ...juntó de dicho valle y de Comas y sus anexos, setenta hombres de armas y entró en la Montaña a principios de Septiembre y llegó con ellos a Sonomoro el día 17 de dicho mes"*³²

27. "...se decía que era cuñado de Juan Santos..." cit. CASTRO: *op. cit.*: p. 95

28. El negro Simón, descubierto por Troncoso; CASTRO: *ibidem*

29. *Carta del Virrey, Marqués de Villa García, a Ensenada* (Lima, 7 de Agosto de 1742). A.G.I., Lima, 983; cit. LOAYZA: *op. cit.*: p. 14

30. *ibidem*

31. AMICH: *op. cit.*: p. 158 y 159

32. *ibidem*; p. 158

El resto de la ejecución no fue tan afortunada. Previamente, se había establecido para aliviar los caminos de la selva que los padres fr. Domingo García y fr. José Cabanes, salieran con un grupo de neófitos para abrir caminos y tender puentes que facilitasen el paso de la tropa. La actuación de los frailes como ingenieros militares no fue demasiado afortunada. Se encontraban construyendo un puente sobre el río de la Sal cuando fueron atacados por los rebeldes:

*"...estando componiendo el puente del río de la Sal, el día 17 de Setiembre, llegó una porción de indios armados, y al instante dispararon tantas flechas, que quedaron muertos los padres y el donado. Los indios de Quimiri salieron heridos los más. Los infieles cortaron la cabeza al padre fray Domingo García, y después de haberla insultado, la enterraron en la iglesia del Cerro de la Sal, y arrojaron los cuerpos al río."*³³

Los primeros cincuenta hombres de Milla no pudieron salir de Tarma hasta principios de Octubre. Se suponía que el resto de la tropa, comandada por el capitán Francisco Abia, les alcanzaría más adelante. A mediados de Octubre la vanguardia llegó al Cerro de la Sal, donde esperaron durante catorce días la llegada del resto de la hueste. Finalmente, sin noticias del grupo de retaguardia y con informaciones de que los rebeldes se encontraban en el poblado de Eneo, Milla emprendió la marcha hasta ese poblado el día 1 de Noviembre. El avance no pudo ser más desgraciado. El grupo fue atacado y, sin posibilidades de retroceder, trataron de alcanzar Nijándaris, pero el recibimiento en este pueblo hizo necesario una retirada hasta la Sal, en primera instancia, y a Quimiri, finalmente, a donde llegaron heridos casi todos los hombres³⁴.

Troncoso, mientras tanto, cansado de esperar decidió atacar por su cuenta el poblado de Quisopango, donde Juan Santos había almacenado un arsenal,

*"en una especie de castillo, donde había juntado cantidad considerable de flechas y macanas, al cuidado y custodia de sesenta Andes y Simirinches de valor."*³⁵

El día 27 de septiembre, el gobernador de Tarma salió de Sonomoro, reforzando su tropa con veinte indios flecheros y el curaca Bartolomé Quintimari. Doce días más tarde, tras marchar de noche en la última jornada, los españoles alcanzaron su objetivo. Pese a no conseguir del todo el efecto sorpresa buscado con la impresionante marcha nocturna³⁶ y a la tenaz defensa de los indios encomendados de la defensa del depósito de armas, el combate se resolvió favorablemente para las tropas de Troncoso.

33. *Ibidem*; p. 158

34. *Ibidem*; p. 159

35. *Ibidem*

36. Este tipo de maniobra indican el buen nivel de preparación de los soldados mandados por el gobernador y de éste mismo.

El enfrentamiento, única refriega en la que las tropas virreinales salieron claras vencedoras durante las primeras campañas contra Juan Santos, se cobró doce bajas de los rebeldes, entre ellas la del jefe de la posición, el curaca Santabangori.

Las noticias que Troncoso recibió en Sonomoro acerca de la situación táctica cambiaron de nuevo sus planes:

*"Y teniendo el gobernador noticia de que el Rebelde se hallaba en Eneo (Metraro), y con mucha indiada, determinó retirarse con su gente en buen orden, como lo ejecutó, y dejando buena guarnición en el castillo de Santiago de Sonomoro, salieron los demás a la sierra"*³⁷

La temporada de lluvia -diciembre-marzo- puso fin a la primera campaña.

3.2. La entrada de 1743.

Con el repliegue de Troncoso a la sierra y la retirada de Milla, finalizaba el primer episodio de la revuelta de Juan Santos. Si el terreno ofrecía una increíble dificultad para el movimiento durante la estación seca, la llegada de las lluvias multiplicaba la hostilidad del medio. Los españoles conscientes de la circunstancia interrumpieron las actividades bélicas acabada la temporada. Los rebeldes tuvieron más presteza en reanudar la contienda, aprovechando la coyuntura para tentar la aventura de ocupar Quimiri.

Se encontraba en esta localidad como conversor el padre fray Lorenzo Núñez³⁸. Santos, a mediados de Junio, le envió mensajes, advirtiéndole de su intención de ocupar la localidad para que el fraile saliese cuanto antes del pueblo. Fr. Lorenzo no sólo no siguió las instrucciones, sino que puso sobre aviso a las autoridades españolas de las intenciones del rebelde. A pesar de lo cual y, viendo que nada se hacía para prevenir el peligro, el día 9 de Julio, optó por retirarse a Chanchamayo, desde donde seguía acudiendo con regularidad a Quimiri para administrar los sacramentos entre sus parroquianos. La práctica se mantuvo hasta el día 4 de Agosto, en el que supo que Juan Santos había entrado en Quimiri el primero del mismo mes. Mandó el franciscano al alcalde de Quimiri y a un donado, para cersionarse de la noticia. A su regreso, los dos enviados contaron su encuentro con el rebelde que había proclamado no querer mal a nadie. La noticia hizo que

37. AMICH: *op. cit.*: p. 159

38. Por este tiempo, tuvo lugar otra sustitución, la del padre comisario de misiones, fr. José Gil Muñoz, cuya intervención puso sobre alerta a las autoridades civiles virreinales, haciendo posible una intervención pronta en la represión de la revuelta. Su sucesor fue el padre fray Manuel A Ibarrán, cura de Huancabamba.

*"tuvieran los indios de Chanchamayo aquella noche grandes festejos, bailes y borracheras, celebrando, como los chunchos, la venida de su Inca, cantando en su idioma que beberían chicha en la calavera del padre y en la del teniente."*³⁹

Al día siguiente, 5 de Agosto, se produjo la toma de Chanchamayo:

*"...amaneció la playa del río de Chanchamayo cubierta de infieles, que se apresuraban a pasar a dicha hacienda con grande algazara; por lo cual el padre fray Lorenzo Núñez y los demás que allí se hallaban, se retiraron y se fueron a Tarma."*⁴⁰

La caída de Chanchamayo, supuso una nueva llamada de atención a las autoridades virreinales sobre la supervivencia del movimiento rebelde y la puesta en marcha de la segunda expedición de castigo. En esta ocasión tenemos una excelente fuente de información: el diario de campaña del secretario de Troncoso ⁴¹. El documento resultó de una increíble minuciosidad, anotando incluso hechos de tan escaso interés táctico como el mal tropiezo que Don Pedro Escobar tuvo con su cabalgadura:

*"Este día le dió la mula de Don Pedro Escobar un par de coces muy buenas, pues lo trajeron sin pulsos ni habla"*⁴²

La columna, compuesta por un total de más de 500 hombres, partió el 15 de Octubre de Tarma, incorporando unos pocas piezas de artillería ligera. El mismo día se alcanzó el pueblo de Acobamba, donde las tropas se dividieron en dos grupos, comandados por el Corregidor, General Alfonso Santa y Ortega, y el Gobernador, Troncoso. Mientras que éste, con algo menos de la mitad de la fuerza, emprendió el camino hacia Oxapamapa, Santa hizo lo propio hacia Vitoc.

El día 23, un indio serrano informó que el *"Indio levantado se había ido a Huancabamba"*. Sus planes, según el confidente, Pedro José Pulipunche, eran regresar con el ganado a Quimiri, posición que fortificaría. También declaró el indio cuáles eran las intenciones del Juan Santos en lo que se refiere al intento de penetrar en la sierra, volcando, para ello, su fuerza sobre la ciudad de Jauja, menos defendida que la de Tarma.

La progresión continuó sin demasiados problemas, estableciendo vías de comunicación que facilitaban la movilidad de las tropas, con lo que se conseguía una ventaja táctica para los gubernamentales.

39. AMICH: *op. cit.*; p. 161

40. *Ibidem*

41. *Diario en el cual se da noticia individual de lo acaecido en el viaje o entrada, que por orden del Excelentísimo Seroñ Virrey de estos Reinos, el Marques de Villagarcía; se ejecutó el mes de Octubre, del año de 1743...* en Biblioteca Nacional de Lima. Sección Manuscritos, tomo nº 250, folios de 309 a 322, en 4º.

42. *Ibidem*

El día 25 se tuvo noticia de las informaciones que a la otra columna, había proporcionado un tal *negro Simón* acerca del gran número de chunchos que aguardaban a las tropas en Quimiri, convertido, desde las informaciones de Pulipunche, en el primer objetivo del Gobernador.

Antes de alcanzar el pueblo y ya en orden de combate, hubo un primer encuentro con lo que se pensó se trataba de las avanzadillas de los rebeldes, en el cerrito de Buena Vista, saldado con algunos disparos de granadería que pusieron en fuga al enemigo.

La entrada y toma posesión del pueblo se hizo sin ninguna oposición y con el tradicional aparato ceremonial de los españoles. Con una diferencia de una hora arribaron al pueblo los hombres del General Santa.

El día siguiente se pudo averiguar que, las supuestas avanzadillas con las que se habían enfrentado en Buena Vista, eran, en realidad, una patrulla de hostigamiento que tuvo que retirarse, al tropezar con la unidad avanzando en perfecto orden. Una vez en Quimiri, se agasajó a los indios capturados en espera de que esta actitud sirviera para atraer al pueblo a sus habitantes que habían huido.

El día 30 se reunió una junta de oficiales y mandos, acordando establecer un fuerte en la localidad, dejando a su cuidado una compañía de noventa y seis hombre mandados por un capitán, Don Fabricio Bartuli.

Durante los días siguientes, se produjeron algunas bajas entre las tropas milicianas. El 8, tras recomendar prudencia al oficial al mando de la plaza la fuerza salió en dirección Chanchamayo, a donde se llegó el mismo día. De allí se continuó de regreso a Tarma, Llegados a Laysacaca, el día 15, se recibieron noticias de que Chanchamayo había sido atacado, con lo que Quimiri quedaba aislado. Las novedades no fueron suficiente para mover al Corregidor Santa a auxiliar el fuerte.

Bartuli y sus hombres, sin esperanzas de socorro y desoyendo las conminaciones que los rebeldes les hicieron para su rendición, trataron de escapar al cerco, siendo masacrados.

De los españoles que quedaron en Quimiri sólo se libraron de la decapitación el padre fray Lorenzo Núñez, el Hermano Manuel y uno de los soldados, a los que Juan Santos utilizó como mensajeros para las autoridades virreinales.

3.3. El lapso 1742-45

Las dos campañas emprendidas no habían obtenido el triunfo esperado. La experiencia adquirida y los logros obtenidos en la primera, hicieron que las esperanzas de zanjar la cuestión

con la entrada de 1743 fueran muchas. La envergadura y los planes de la expedición parecen significar que el proyecto de la misma era la captura del indio rebelde. Sin embargo, la actitud del Corregidor había hecho que el desgaste hecho resultase vano, ya que no se había logrado ninguna ventaja material y se habían perdido temporalmente los pueblos de Quimiri y Chanchamayo.

En estas circunstancias, el Virrey, reunido con los corregidores y algunos baqueanos, calculó que otra expedición podía suponer a la Real Hacienda en razón de 300.000 pesos⁴³. Ante el desmedido coste de la empresa y considerando que,

"...el repetir entradas a la Montaña, sería consumir gente, armas y caudales, sin utilidad, porque en ella residen los Indios más como fieras que como racionales; allí se mantienen de pesca y de la caza, sin reducirse a compañía civil, esparcidos en cortas habitaciones, que forman de árboles en el sitio...y, sin duda, con este conocimiento en los siglos pasados es tradición constante que no se sujetaron al Imperio de los Incas, ni éstos trataron de ampliar por aquellas partes su dominación...Se reflectó que las tropas más briosas que allí se introdujesen, perecerían sin gloria, consumidas de un trabajo infructuoso, sin el aliciente de los metales preciosos de cuyas minas se carece..."⁴⁴

Se decide no emprender ninguna acción ofensiva en la Montaña, sino limitarse a reforzar la seguridad de las regiones serranas colindantes, cuya integridad se tiene garantizada:

"Se advirtió que las Provincias de las serranías y valles no pueden peligrar, ni temerse de aquellos bárbaros la menor irrupción, que sólo se contentan con algunas surtidas y robar las haciendas inmediatas a la espesura..."⁴⁵

**

Sin embargo, la situación no era contemplada así desde Madrid. Las informaciones llegadas habían alarmado a Ensenada, quien no podía contemplar con buenos ojos una acción tan conservadora con un *indio rebelde* cuando se trataba de recuperar el prestigio perdido de España en Europa. Por otra parte, las noticias sobre la vinculación de los ingleses en la acción, hacían temblar a la corte⁴⁶.

La consecuencia fue la sustitución de Villa García por José Manso, Conde de Superunda. Entre las razones que se dieron para el relevo, la revuelta de Juan Santos figura en primer lugar:

"Hallándose el Rey con noticias de que en las provincias del Perú hay varias inquietudes, y en las de Jauja y Tarma alguna sublevación, movida y fomentada por un indio mestizo...ha resuelto Su Majestad aplicar...todas las providencias que permite la actual constitución de la Guerra, y que pide la precisión de atender al remedio de aquel daño y evitar las perniciosas consecuencias, que de su continuación y aumento debe recelarse."⁴⁷

43. Carta del Virrey, Marqués de Villa García, a Ensenada. (Lima, 16 de Agosto de 1744). A.G.I.; Lima, 983

44. *Ibidem*

45. *Ibidem*

46. Carta de Sebastián de Eslava, Virrey de Nueva Granada, a Ensenada. (Cartagena, 15 de Mayo de 1744). A.G.I.; Lima, 983

47. Carta de nombramiento de Don José Manso. (Madrid, 21 de Diciembre de 1744). A.G.I.; Lima, 983

La sustitución, motivada por la revuelta, tiene su lógica influencia en el desarrollo bélico de la misma. La toma de posesión se produjo el 12 de Julio de 1745 con la firme decisión de entrar en acción contra el rebelde.

3.4. El ímpetu de Superunda (Campaña de 1746).

La impulsiva actitud de Superunda tenía dos razones: el cumplimiento de las órdenes que le han llevado a ocupar el cargo y su propio carácter y el desconocimiento de la región en la que se desarrollaba la insurrección, en donde pretendía poner en práctica su experiencia como Capitán General de Chile.

A los pocos días de su llegada a Lima, expidió hacia la selva un destacamento de cien hombres de la guarnición del Callao, mandados por José de Llamas. Al tiempo, envió a un Cacique con la secreta misión de conseguir la captura del rebelde y la desunión de sus secuaces⁴⁸.

Pese a todo, la situación que expuso al Rey no era preocupante:

*"Y de cualquier suerte puede usted asegurar a Su Majestad que este negocio (para mí de ningún grave cuidado) quedará evacuado muy en breve con el castigo o perdón del Indio y sus seguidores."*⁴⁹

La columna, según Amich, llegó a Tarma a principios del año 1745. El proyecto era llevar a cabo una entrada inmediata en la Montaña, para sorprender a los rebeldes que se mantendrían en la confianza que les daba la estación húmeda, sin atender Llamas los consejos de Troncoso acerca de la dificultad que iba a suponer una expedición en aquellas condiciones climáticas.

La entrada, iniciada a principios de Marzo, al igual que las otras precedentes tuvo dos ejes de progresión. El primero, iniciado por unos doscientos hombres mandados por el propio Llamas, estaba dirigido al Cerro de la Sal, a través de Huancabamba. El segundo, emprendido por ciento cincuenta soldados dirigidos por Troncoso, apuntaba hacia el mismo objetivo desde Quimiri⁵⁰.

Tal como estaba previsto por los baqueanos que habían tratado de hacer desistir a Llamas de la empresa, las condiciones convirtieron el difícil medio selvático, en prácticamente insufrible.

Llamas tardó casi un mes en alcanzar el lugar del encuentro, donde no pudo hallar a Troncoso que, llegado mucho antes al lugar había tenido que retirarse a Nijándaris, donde tuvo un enfrentamiento con las fuerzas rebeldes descrito así por Amich:

48. *Carta de Superunda a Enserada*. (Lima, 30 de Agosto de 1745). A.G.I.; Lima, 983.

49. *Ibidem*

50. cif. AMICH: *op. cit.*; pp. 166 y 167

*"tuvo un pequeño combate con los indios de Nijándaris, y hubo heridos y muertos de ambas partes. Finalmente se retiraron todos, sin más fruto que muchas enfermedades contraídas por el cansancio y humedad, y mucha pérdida de caballerías, víveres y tropa."*⁵¹

La entrada se convirtió en la más desastrosa de cuantas, hasta entonces se había llevado a cabo. La explicación que Llamas dio a su terquedad frente a los consejos de sus asesores fue la esperanza de que

*"luego que llegase al Cerro de la Sal, saldría el curaca don Mateo de Assia con su gente a auxiliarle, y le entregaría en su poder al rebelde."*⁵²

El acuerdo habría sido fraguado, en el verano de 1745, por el P. Irusta, religioso de la Compañía que, a tal fin, se había introducido en la Montaña⁵³. Siendo éste el cacique del que hablaba Superunda al Rey en su carta.

La situación sirvió para envalentonar a los alzados, que se emprendieron el ataque de Monobamba, un poblado desprotegido de la sierra. El ataque, coronado por el éxito, puso fin a las acciones bélicas de la campaña de 1746.

Los jefes militares decidieron, en junta reunida el día 20 de Agosto del mismo año, adoptar definitivamente una actitud conservadora frente a los rebeldes. La expedición de Marzo fue el último intento de capturar a Santos. La táctica, a partir de este momento, era aguardar al enemigo en el territorio propio, donde fuesen los rebeldes los que tuvieran que tomar la iniciativa en un medio adverso a sus hombres y armas. La única precaución de los realistas fue reforzar el control de la ceja de selva, evitando la infiltración de posibles enemigos. No se renunciaba a la ofensiva, pero esta ya no tendría el carácter pretencioso y global que, hasta el momento, había presentado. Se acuerda la construcción de dos fuertes en Chanchamayo y en Oxapampa, que iban a servir de avanzadilla en la Montaña y de control del paso de la sierra a la selva.

La estrategia quedaba limitada a:

*"refrenar los Indios, contenerlos en su montaña, y aún aniquilarlos... Y que en las ocasiones y oportunidades que juzgasen convenientes, se les hostilice y fatigüe, sin permitirles seguridad ni sosiego con ligeras partidas, hasta aniquilarlos..."*⁵⁴

A parte, se iniciaron otras acciones conducentes a la captura de Juan Santos, ofreciendo una cuantiosa recompensa a quien lo entregase.

51. *Ibidem*; p. 166

52. *Ibidem*.

53. cif. VARESSE, Stefano: *La Sal de los Cerros*. Lima, Retablo de Papel, 1974; p. 194

54. *Carta de Superunda a Ensenada*. (Lima, 31 de Julio de 1746). A.G.I.; Lima, 983)

4. EL ASALTO A LA SIERRA. LA OFENSIVA

REBELDE.

La guerra había quedado estancada. Los frentes y las zonas de control respectivo habían quedado fijados. Los españoles desistieron de las tácticas ofensivas y se limitaron a controlar el paso a la sierra y a tender celadas por medio de caciques amigos. Juan Santos, por su lado, mantenía un relativo control de la Montaña, impidiendo el ingreso de los misioneros.

Las autoridades civiles españolas se mostraron poco interesadas en la recuperar la circulación en la zona. Políticamente, la región carecía de otro interés que no fuese el de alejar a los portugueses de zonas ricas del virreinato. La selva no era un área que desempeñase un papel importante en la vida económica del reino. Tampoco ofrecía un campo de particular interés en materia impositiva. Desde que se habían iniciado las entradas a la Montaña, tan sólo se habían asentado en ella, religiosos y misioneros, acompañados en ocasiones por soldados que garantizaban su seguridad.

La selva consumía mucho más de lo que ofrecía y para las apuradas cajas virreinales representaba un alivio económico el cierre de la región.

Este criterio económico era desconocido por los franciscanos, principales interesados en que se recuperase cuanto antes la normalidad, acusando a las autoridades virreinales de todo lo que estaba sucediendo:

"No sé qué concepto hacen algunos ministros del católico celo de Vuesta Majestad en la reducción de los infieles al gremio de nuestra Religión Cristiana. Motivame esta duda, ver la repugnancia que manifiestan en auxiliar y fomentar a los operarios evangélicos, y la dificultad que siempre hallamos para que se nos dé la limosna, que la piadosa y liberal magnificencia de Vuesta Majestad nos tiene asignada de seis mil pesos anuales"⁵⁵

Apuntando las causas que ellos entienden de la rebelión:

"a causa de las repetidas extorsiones, que con los injustos y exorbitantes repartimientos, hacen los Corregidores a los miserables indios y mestizos"⁵⁶

Las protestas no sirvieron para alterar la inercia que los acontecimientos habían tomado y la estrategia planteada se siguió aplicando.

El único factor que alterará el *status quo* fue el ataque a Andamarca.

55. Carta de Fr. José Gil Muñoz al Rey, contándole la muerte de Fr. José Cabanez y Fr. Domingo García a S.M. (Guatemala, 12 de Septiembre de 1745). A.G.I.; Lima, 541

56. *Ibidem*

El verano de 1751 las fuerzas de Juan Santos toman la iniciativa y atacan el poblado de Sonomoro. Desde la expedición de Troncoso el pueblo había pasado a control de los españoles, que habían establecido un pequeño fuerte. El ataque no pudo romper en fuerza la resistencia de los catorce hombres que defendían la posición, teniendo que recurrir al asedio. Viendo lejana la posibilidad de recibir auxilio, los cercados decidieron abandonar el pueblo. Bien que las huestes de Juan Santos no pudieron fijar al enemigo, bien optaron por dejarlas abandonar el fortín, los soldados e indios fieles emprendieron la retirada hasta la cercana ciudad serrana de Andamarca.

La ofensiva no se detuvo y en poco tiempo fueron tomados el astillero de Ata, Runatullo y otros pueblos de la sierra, próximos a Andamarca.

Informado el corregidor de Jauja, Marqués de Cassastorres, se iniciaron los preparativos necesarios para evitar que la ofensiva progresase ocupando posiciones de más valor. El ataque desencadenado por los rebeldes no fue tomado en demasiada consideración. El hombre al que se le habían encomendado las funciones defensivas, el Maestre de Campo, Coronel D. Bonifacio de Torres, informó a Cassastorres que la incursión de los selváticos no tenía otro fin que el robo de alimentos:

"Yo hago juicio que esto será de algunos indios serranos, parciales del Levantado, que habrán salido a robar carne, y hecho el robo se metieron al monte."⁵⁷

A pesar de esta apreciación se tomaron las medidas necesarias para proteger las posiciones defensivas que se entendían como más frágiles, promulgándose toda una serie de medidas encaminadas a incrementar las guarniciones más endebles y que no sirvieron de mucho. El mismo día que Torres exponía su opinión acerca del transcurso de los acontecimientos, Juan Santos cercaba el pueblo de Andamarca, desamparado de la protección enviada en su socorro desde Acobamba⁵⁸.

El día 4 Juan Santos ocupó el pueblo, capturando a los dos únicos blancos que se encontraban en él, Fr. Mauricio Gallardo y Fr. Juan de Dios Fresneda. Tras dos días de ocupación las fuerzas rebeldes abandonaron la posición sin esperar siquiera el encuentro con los soldados que ya acudían a rescatar Andamarca.

57. Copia en expediente legalizado de la carta del Coronel Bonifacio de Torres al Corregidor Cassastorres (3 de Agosto de 1752). A.G.I.: Lima, 988)

58. Copia en un expediente legalizado de la Carta de Fr. Mauricio Gallardo a las Autoridades de la Provincia de Jauja (Andamarca, 3 de Agosto de 1752). A.G.I.: Lima, 988

5. LA DECLINACION DE LA GUERRA.

La toma y pérdida de esta localidad cierra la fase ofensiva de la revuelta y se convierte en el último acto bélico de la misma.

La última noticia fue un amago de ocupación de Acobamba ⁵⁹. A partir de este momento las informaciones en torno a Juan Santos se desvanecen en el misterio, sin que tengamos ninguna referencia segura acerca de su futuro.

Aparentemente, la incursión serrana sirvió para que Juan Santos fuese consciente de sus escasas posibilidades en aquel medio, algo semejante a lo que habían comprendido los españoles tras sus campañas. Sin interés por ninguno de los dos bandos por abrir de nuevo e fuego. La guerra va enmudeciendo hasta desaparecer del todo.

Comienzan, del mismo modo, a aparecer versiones míticas de la desaparición del líder del movimiento. Las historias cambian las circunstancias del hecho, pero todas coinciden en el desvanecimiento del caudillo y con el del peligro para el virreinato.

6. UNA VALORACION TACTICA.

Los episodios bélicos que se sucedieron desde 1742 hasta 1751 han sido estudiado de diferente forma y desde distintos ángulos. Si bien, es notable la ausencia de un estudio serio desde el punto de vista táctico. La descripción de los hechos más exhaustiva, la de Castro, ha sido aceptada comúnmente y, si ha sufrido graves críticas, ha sido aceptada en este aspecto mencionado, donde sus errores no son menores a los que contiene en otros campos.

El análisis exhaustivo de las acciones bélicas y la valoración constante de la situación táctica nos puede proporcionar la sorpresa de encontrarnos una guerra no tan desfavorable para las autoridades virreinales como siempre se ha pretendido.

Los *prácticos* de la región habían comprendido, desde antes del inicio de las acciones armadas, que en la guerra los resultados estarían condicionado por una de las formas de acción: el terreno ⁶⁰. Ni las tropas rebeldes, ni su armamento, ni el ambiente -humano y físico- podían influir de manera tan decisiva sobre los acontecimientos como la aspereza del territorio selvático. Conscientes de ello, las autoridades trataron de preservar, en la medida de lo posible, a sus

59. CASTRO: *op. cit.*; p. 137

60. El terreno es el escenario donde se desarrolla la acción. Favorece o perjudica la actuación de las tropas, el empleo de sus armas, la observación y la dirección del combate.

hombres del contacto directo con el marco de las operaciones, reservándoles la tarea defensiva en la sierra y enviando a la Montaña una unidad de indios, más familiarizada con el medio. Solamente, ante la gravedad de los acontecimientos, se inició la doble expedición destinada a acabar con la revuelta. La entrada, asimismo, se vio condicionada por las circunstancias geográficas, que sirvieron para disminuir la velocidad de progresión y la posibilidad de empleo de las Armas de caballería y artillería en beneficio de la infantería, haciendo indispensable el empleo a fondo del Arma de ingenieros, cuya falta hubo de ser suplida por los frailes franciscanos y los donados de las misiones. No tenemos noticias del modo que el terreno afectó a las fuerzas rebeldes, aunque es de suponer que, dado su conocimiento del terreno y el tipo de armamento utilizado, el perjuicio fuese mucho menor.

Si bien las tropas represoras no lograron capturar a Juan Santos, principal objetivo, su reacción rápida -sobre todo en comparación con el levantamiento de Torote- sirvió para limitar el alcance de la revuelta, que nunca abandonará el escenario del río Perené y el Pajonal.

Aunque no existía una doctrina militar oficial para la época, podemos tomar como tal las Reflexiones militares del Vizconde de Puerto, que vieron la luz en 1724 y que puede servir de aproximación bastante exacta a la concepción que del Arte de la Guerra tuvieron los oficiales encargados de reprimir la revuelta. El libro VIII de la referida obra aconseja en caso de rebeliones la intervención inmediata y el ataque sin dilación:

*"...porque à las Rebeliones sucede lo que a las fuentes: cerca de su origen fácilmente se atraviessan; lejos de su manantial ni aun con peligro se badean..."*⁶¹

El peligro no residía exclusivamente en el aumento de fuerzas de los rebeldes. Se puede aplicar también una precaución de obligada observancia en caso de partidas de bandidos:

*"temerosos de la pena, abrazan el partido...del Soberano extranjero, que les ofrezca proteccion: Assi convendrá no perder tiempo en destruirlos, ó (si no ay otro remedio) en perdonarlos"*⁶²

En este caso el peligro extranjero estaba claramente representado por la amenaza inglesa.

Siguiendo al pie de la letra la *doctrina* contemporánea, no existirían dudas en torno a la actitud a tomar frente a Juan Santos: atacarle hasta su aniquilamiento total. Sin embargo, una interpretación más flexible hacia evidente que el apoyo que la Corona Inglesa pudiera prestar al rebelde era mínimo. El posible bloqueo no habría afectado el curso de los acontecimientos ya que las tropas movilizadas de Lima a Tarma fueron exiguas y la revuelta podía haber sido enfrentada

61. PUERTO, Vizconde de: Reflexiones militares de...; Turín, Alexandro Vimercato, 1724; Tomo III, Lib. VIII, p. 168

62. *Ibidem*; Tomo III, Lib. VIII, p. 38

con los mismos resultados si Lima hubiese quedado empeñada en su propia defensa. Tampoco los indios selváticos parecían poder convertirse en la fuerza de tierra de la flota inglesa.

El terreno era un elemento desconocido prácticamente en los principios de doctrina europeos, como estaban a punto de demostrar los ingleses en la guerra contra sus colonias. Los fundamentos tácticos se establecían en función del Viejo Continente y no de un marco las características de la selva amazónica.

Por todas estas razones, la prudencia y la experiencia aconsejaban una actitud más conservadora que la proclamada por la doctrina.

Todas las campañas contra Juan Santos serán, a partir de este momento, una pugna entre dos interpretaciones de la doctrina y, sólo desde ese punto, entenderemos los descalabros parciales que sufrieron los ejércitos realistas.

Las tropas de Juan Santos, por demás, se mostraron escurridizas, asestaron un duro castigo a la columna de Milla, pero, fueron incapaces de detectar la expedición de Troncoso desde Sonomoro a Quisopango y demostraron su incapacidad para enfrentar a los soldados a campo abierto, lo que, en definitiva, limitaba el movimiento a la Montaña y lo condenaba a la derrota a corto o largo plazo. Si tácticamente los primeros enfrentamientos no habían inclinado la balanza de la guerra hacia ningún lado, estratégicamente la guerra terminó con la entrada de los hombres de Troncoso en Quisopango, el 9 de Octubre de 1742.

Ya en la campaña de 1743, el desconocimiento táctico de Castro le lleva a resaltar la astucia de los hombres de Juan Santos, que habrían conseguido enervar a los españoles en la acción de *Buena Vista*. Tal vez, extrae esta conclusión del texto del diario, donde el secretario de Troncoso afirma que el descanso realizado en la *casa de la Baquería*, algo después, fue obligado porque la tropa se encontraba *muy cansada*. En realidad, Castro confunde alegremente lo que es un orden de marcha, mucho más cómodo y donde prima la velocidad y la comodidad, con el orden de aproximación, donde, es necesario atender, por encima de todo, la seguridad. El orden de avance, que es el que nos aparece claramente descrito en el diario, acentúa las medidas de protección de la unidad, en detrimento, no sólo de la rapidez del avance, sino también de la comodidad del mismo. Progresar en esta disposición resulta agotador, máxime en las adversas condiciones de la región. El avance a Quimiri se hizo respetando la *doctrina militar* de la época. El orden de avance se estableció antes del contacto con el enemigo y se mantuvo hasta la entrada en Quimiri, presentada por Castro, poco menos, que como una derrota de las tropas virreinales.

Asimismo, los gritos de Troncoso no eran un recurso para levantar una moral particularmente decaída:

"Luego que todos vieron al enemigo al instante en alta voz dijo el Señor Gobernador: ¡Viva el Rey de España!, a lo que respondieron todos, muy contentos: ¡Viva, viva!"⁶³

Sino que responde a la práctica habitual y aconsejada en tales coyunturas:

"Harás á tus soldados considerar el Abatimiento, en qué aquél solo día, mal logrado, pondría á su Rey, que tanto los estima, y fia su Corona al valor de ellos..."⁶⁴

La segunda campaña quedó enturbiada por su extraño final. El desarrollo de la misma hasta el día 15 es claramente favorable a las tropas gubernamentales que, sin oposición, ocuparon varios enclaves importantes, fortificándolos antes de regresar. La sorprendente negativa de Santa a auxiliar el fuerte de Quimiri echó por tierra todo el trabajo realizado y permite que, por primera y única vez, los rebeldes enfrenten y venzan a una unidad española tipo compañía. Con todo, el curso de la guerra, encauzada en la anterior campaña, no varía.

De hecho, Santa expuso en repetidas ocasiones una versión triunfal de la campaña. En 1760, considerando sus méritos, eleva solicitud al Consejo de Indias, en demanda de la Administración y Judicatura de Comisos de los Tabacos en Lima. En la carta de ruego expone su versión de los acontecimientos:

"nombrado por el Marques de Villagarcia, Virrey de la ciudad de Lima, para que sosegase una sublevacion que se avia levantado en estas Provincias, cuio fin consiguio prendiendo personalmente a 81 de los principales rebeldes, y entre ellos a Don Andres Carma y Condor, Gefe y primer autor de dicha sublevacion, conduciendo con los demas a la Carcel de Lima, dejandolo todo sosegado, pero duró poco la quietud, por causa de que un indio mui astuto, y de notable atrevimiento, metido en lo interior de las montañas de Tarma, con numerosos partidarios de sequaces, se hacia proclamar Ynca, inquietando todas las Provincias vecinas, manteniendose seis años, ...pudo conseguir el suplente, matarle la maior parte de sus sequaces, y quem arle todos sus albergues montarazes en que se hatrincheraban, obligandoles a una precipitada fuga como contra de represenaciones hechas por el referido Virrey, e igualmente por él..."⁶⁵

El texto suministra algunas novedades. Quizás la principal de todas sea la captura del referido Don Andrés Carma y Condor y ochenta y un revoltosos. Obviamente, el deseo de D. Alfonso de convertirse en estanquero está presente a lo largo del documento, influyendo en la presentación de los hechos, cuya objetividad es, cuando menos, escasa. Sin embargo, si los hechos no ocurrieron de la manera que se refieren, la información de D. Alfonso tiene que tener algo de cierta. En la mayoría de memoriales y suplicas enviadas al Rey se exageraban los méritos propios, pero siempre en base a hechos verdaderos. Probablemente el indio capturado fuese uno de los cabecillas de la revuelta, y D. Alfonso lo "asciende" a "primera autoridad y Gefe de dicha sublevacion", aumentando, con ello, sus servicios a la Corona.

63. *Ibidem*

64. PUERTO: *op. cit.*: To. V., Lib. XI, p. 236

65. *Carta de Don Alfonso Santa de Ortega a S.M. solicitando empleo* (Es copia, 1760) A.G.I.; Lima, 988

En cualquier caso, el Consejo de Indias no debía considerar la expedición como un claro desastre militar, cuando Santa planteaba su participación y dirección de la misma como mérito recompensable. D. Alfonso no obtuvo el cargo solicitado por no tener constancia el Consejo de la vacante del mismo ⁶⁶ y no porque sus méritos fuesen escasos.

El documento, tal como se conserva en el Archivo General de Indias está incompleto, adjuntando originalmente otros papeles donde seguramente aparecía pruebas testificales de las afirmaciones de Santa. Sin embargo, éstos se han extraviado posiblemente en la primera mitad de este siglo, circunstancia que no sorprende si tenemos en cuenta el estado de incuria en el que el Archivo ha permanecido durante largo tiempo y el paso por él de investigadores que han abordado con un exceso de visceralidad las informaciones relacionadas con Juan Santos.

La postura tomada por las autoridades virreinales, a partir de 1743, es la mejor prueba lo hasta ahora dicho: la derrota de Juan Santos se había fraguado en la primera campaña y lo que se decidía, a partir de aquel momento, era el tiempo que tardarían los franciscanos en reiniciar su labor evangélica en la región del Perené. De haber existido una amenaza mismamente grave, el Virrey jamás hubiese adoptado una política tan cicatera.

La campaña de 1746 promovida por Superunda dejó claro la inutilidad de las acciones ofensivas en aquel medio. El resultado de las efectuadas era que, desde hacía cuatro años, salvo limitar los movimientos de Juan Santos a la Montaña, no se había hecho nada por recuperar las posiciones perdidas.

Con la táctica de defensa y celadas se seguía, de nuevo, el consejo del Vizconde de Puerto:

*"Quando el legitimo Tribunal aya declarado Traydor á un actual Caudillo de Rebeldes, y puesta á tallón su vida, parece no havrá, de parte del General, escrúpulo en solicitar su muerte por aquellos médios que la Religion, para en éste caso, no prohíba;"*⁶⁷

De esta manera, se acabó imponiendo la realidad del terreno a la rígida interpretación de la doctrina y el orgullo de los virreinales.

El final de la contienda se produjo cuando los rebeldes cobraron conciencia clara de la situación, cosa que sucedió tras la toma de Andamarca. Las poblaciones serranas en las que Juan Santos había cifrado sus esperanzas de apoyo no se sumaron mayoritariamente. A la falta de apoyo la hueste rebelde se encuentra limitada por los problemas físicos de los selváticos en altura y la limitación logística de moverse en territorio hostil. Los rebeldes no constituían una tropa especializada. Su dedicación a tiempo parcial no permitía alejarse de su hábitat natural.

66. Así figura al pie de las copias de las dos cartas que Santa remitió al Consejo; A.G.I.; Lima, 988

67. PUENTE: *op. cit.*; To. III, Lib. VIII, p. 223

La revuelta estaba condenada a extinguirse. Los escarceos de Andamarca confirmaban las impresiones de los españoles, que nunca acudieron a la ciudad con intención de forzar a las tropas de Juan Santos a abandonar la localidad, sino para perseguir a los rebeldes en retirada.

Andamarca sirve para que Juan Santos cobrase conciencia de su apurada situación táctica y escasas perspectivas. Quizás fuese esta realidad, cada vez más negativa, la que provocase el endurecimiento de su mensaje y de su originaria actitud benevolente, desembocando en el fin que algunas leyendas recogen.

La revuelta de Juan Santos no constituyó en ningún momento una amenaza seria para el reino, como lo entendieron los virreyes. La importancia que el Consejo otorgó a los sucesos venía motivada en buena parte por el desconocimiento de esta institución y el desenfoque de la situación en Indias. El verdadero interés del levantamiento de Juan Santos radica en la doctrina manejada por el caudillo rebelde y la evolución de ésta, así como la riqueza de la cosmovisión sincrética en que se desarrolló.

La única influencia de la revuelta de Juan Santos en los acontecimientos que en la siguiente centuria desembocaron en la emancipación fue, la misma que la revuelta de Túpac Amaru, manifestar a las clases dirigentes criollas se bastaban para hacer frente a los intentos rebeldes surgidos de los grupos sometidos y, con ello, cobrar conciencia de la posibilidad de una independencia política.

Juan Santos, sin haber vencido, nunca fue derrotado. El carácter de su levantamiento milenarista-mesiano lo convertía en un movimiento mágico, como él mismo pretendía, al que las autoridades españolas jamás podrían derrotar. La intangibilidad del espíritu que animaba la revuelta era su principal arma. El ingreso del caudillo en la Montaña para perderse de la historia, coincidió con su ingreso en el mundo mítico selvático, desde el que hoy todavía espera el momento de regresar y dirigir a los *campas* a la victoria definitiva.

AMICH, O.F.M, Fr. José:

1975 *Historia de las misiones del Convento de Santa Rosa de Ocopa*. Milla Batre, Lima.

CASTRO ARENAS, Mario

1973 *La rebelión de Juan Santos* Milla Batre, Lima.

LOAYZA, Francisco A.

1942 Juan Santos, el Invencible (Manuscritos del año 1742 al año 1755). Los Pequeños
Grandes Libros de la Historia, Lima.

MILLONES, Fluís

1987 Historia y Poder en los Andes Centrales Alianza, Madrid.

PUERTO, Vizconde de

1724 Reflexiones militares del... Vimercato, Turín

VALCARCEL, Carlos Daniel

1946 Rebeliones indígenas Lima

VARESSE, Stefano

1974 La Sal de los Cerros Retablo de Papel. Lima.

VARGAS UGARTE, Rubén

Historia General del Perú